

—¿De modo que la acusa Ud. de mala conducta en Doinville?

—¡Oh! no, caballero; mi padre no la habría tolerado en su casa.

Aquel grito era la protesta de la gazmoñería, de la burguesa honrada, que nunca tendría una falta que reprocharse, y cuya gloria consistía en ser una de las virtudes más indiscutibles de Rouen, saludada y recibida en todas partes.

—Sólo que—continuó—cuando hay costumbres de ligereza y de disipación..... En una palabra, caballero, muchas cosas que yo no hubiera creído posibles, me parecen ciertas hoy día.

De nuevo tuvo el señor Denizet un movimiento de impaciencia. Ya no seguía aquella pista, y todo aquel que se obstinaba en ella era su adversario; parecía como que era poner en duda la seguridad de su inteligencia.

—Vamos á ver, es preciso raciocinar—exclamó.—Gente como los Roubaud no matan á un hombre como su padre de Ud., para heredar más pronto, ó por lo menos habría indicios de su afán en querer heredar; alguna circunstancia me habría indicado ese vicio de posesión y de amor al dinero para gastar. No, ese móvil no basta, sería preciso descubrir otro, y no hay ninguno; ustedes mismos no pueden suministrar otro.....

Por otra parte, restablezcan los hechos. ¿No ven Uds. imposibilidades materiales? Nadie ha visto á los Roubaud subir al cupé; es más, un empleado cree poder afirmar que volvieron á su compartimiento. Y puesto que estaban en su co-

che en Barentín, sería necesario admitir idas y venidas de su vagón al del presidente, del que estaban separados por otros tres coches, y eso durante unos cuantos minutos que dura el trayecto, cuando iba el tren á toda velocidad. ¿Es eso verosímil? He preguntado á maquinistas, á conductores. Todos me han dicho que sólo una gran costumbre podía dar sangre fría y valor suficientes.....

En todo caso, la mujer ninguna participación tendría; sería únicamente cosa del marido; ¿y para qué, para matar á un protector que acababa de sacarles de un gran apuro? ¡No, no; decididamente! La hipótesis esa no tiene el asomo de verosimilitud, hay que hacer otra cosa.....

Por ejemplo, un hombre que, según parece, subió en Rouen y se bajó en la primera estación, el cual profirió hace poco amenazas de muerte contra la víctima.

En su pasión, edificaba todo un nuevo sistema; ya iba á soltársele la lengua, cuando la puerta, al entreabrirse, dejó pasar la cabeza del ujier. Pero antes que éste hubiese pronunciado una palabra, una mano enguantada de mujer acabó de abrir la puerta de par en par, y entró una señora rubia, vestida de luto, muy elegante, hermosa aun á los cincuenta años bien cumplidos, con la belleza opulenta de una diosa envejecida.

—Soy yo, mi querido juez. Vengo con retraso y me dispensará Ud., ¿verdad? Los caminos están malísimos, las tres leguas de Doinville á Rouen representan lo menos seis con este tiempo.

Muy galante, el Sr. Denizet se había levantado.

—¿Su salud de Ud. no ha variado, señora, desde el domingo pasado?

—Estoy muy buena..... ¿Y á Ud., mi querido juez, se le quitó ya el susto que le dió mi cochero? Me contó que estuvo á punto de volcar al traerle á Ud. á unos dos kilómetros del castillo.

—¡Oh! un achuchoncillo; ya ni me acordaba..... siéntese, y le repito lo que antes decía á la señora de Lachesnaye; dispéñeme que renueve su dolor con este lamentable asunto.

—¡Y qué quiero Ud., puesto que es preciso!..... ¡Buenos días, Berta; buenos días, Lachesnaye!

Era la señora de Bonnehón, la hermana de la víctima. Besó á su sobrina y estrechó la mano del marido. Viuda desde los treinta años, de un industrial que le había llevado una gran fortuna, ya muy rica por sí misma, dueña de la finca de Doinville cuando el reparto con su hermano, había llevado una vida muy amable, llena, decían, de apasionamientos, pero tan correcta y de apariencias tan franca, que había permanecido el árbitro de la sociedad rouennensa.

Efecto de las circunstancias y llevada de su afición, había tenido siempre especial predilección por la magistratura, recibiendo en su castillo, desde hacía veinticinco años, al mundo judicial, todo ese mundo de toga, traído y llevado en los coches de la viuda, en perpetua fiesta. Aun entonces mismo conservaba un cariño maternal hacia un joven sustituto, hijo de un con-

sejero de audiencia, el señor Chaumette: se ocupaba del ascenso del hijo y colmaba al padre de invitaciones y amabilidades. También había conservado un amigo íntimo de los tiempos antiguos, otro consejero, solterón, el señor Desbagilles, la gloria literaria de la Audiencia de Rouen; citaban sonetos suyos de factura esmerada. Durante muchos años había tenido habitación en Doinville. En la actualidad, á pesar de que ya pasara de los sesenta, seguía yendo á comer allí, como un viejo camarada cuyos reumas sólo le permitían el recuerdo. Conservaba, pues, así, su soberanía de amabilidad, á pesar de la vejez que ya asomaba, y nadie pensaba en disputarle esa soberanía; sólo se le había presentado una rival el invierno anterior, la señora Leboucq, mujer de un consejero también, morena, alta, de treinta y dos años, verdaderamente agradable, cuya casa principiaba á frecuentar mucho la magistratura. Y aquello, en medio de su buen humor habitual, le daba un ligero velo de melancolía.

—De manera, pues, señora, que si Ud. lo permite—repuso el señor Denizet—voy á hacer á usted algunas preguntas.

El interrogatorio de los Lachesnaye había terminado, pero no por eso les despedía el juez: su despecho, tan triste, tan frío, convertíase en salón mundano. El secretario, flemático, se dispuso á escribir de nuevo.

—Un testigo ha hablado de un telegrama enviado por Ud. á su hermano, llamándole en segui-

da á Doinville..... No hemos encontrado rastro alguno de ese telegrama. ¿Le escribió Ud., señora?

La señora de Bonnehon, con gran soltura, se puso á contestar en tono de amena conversación.

—No escribí á mi hermano, le esperaba, sabía que tenía que venir, pero sin día fijo. Generalmente venía sin avisar, y casi siempre por los trenes de la noche. Como habitaba un pabellón aislado en el parque, que daba sobre una callejuela desierta, ni siquiera se le oía llegar. Alquilaba un coche en Barentín y sólo se dejaba ver al otro día, á veces por la tarde, como un vecino que está de visita, instalado desde hace tiempo en su casa..... Si esta vez le esperaba, era porque tenía que traerme una cantidad de diez mil francos, un final de cuentas entre nosotros. Seguramente tenía sobre sí esa suma, y tal es la razón que me mueve á creer que le han matado para robarle, sencillamente.

El juez dejó reinar un corto silencio; luego, mirándola cara á cara:

—¿Qué juicio le merecen á Ud. la señora de Roubaud y su marido?

Tuvo ella un vivo movimiento de protesta.

—¡Hombre, no! mi querido señor Donizet, supongo que no va Ud. á marearse siguiendo la pista falsa de esas buenas gentes..... Severina era una buena muchachita, muy dulce, dócil y hasta deliciosa, lo cual no quiere decir nada. Mi opinión es, puesto que desea usted que se la

repita, que ella y su marido son incapaces de llevar á cabo una mala acción.

El juez la aprobaba con la cabeza, triunfaba echando una ojeada hacia la señora de Lachesnaye. Esta, picada, se permitió intervenir.

—Tía, me parece Ud. poco exigente.

Entonces la señora de Bonnehon habló á sus anchas, con su llaneza ordinaria.

—No seas niña, Berta, nunca estaremos de acuerdo tocante á eso..... Era alegre, la gustaba bromear, y hacía bien..... De sobra sé lo que tú y tu marido estáis pensando. Pero la verdad, preciso es que el interés os trastorne por completo para que tanto os extrañe ese donativo de la Croix-de-Maufras, hecho por tu padre á la buena de Severina..... La había educado, la había dotado, muy natural era que la dejase algo en su testamento. ¡Vamos, no seáis niños! ¿Acaso no la consideraba un poco como su hija?..... ¡Ay, hija mía, pesa tan poco el dinero en la felicidad!

Ella, en efecto, había sido siempre rica y era sumamente desinteresada. Es más, por un refinamiento de hermosa mujer adorada, afectaba hacer consistir la vida únicamente en la belleza y el amor.

—Roubaud es quien ha hablado del telegrama, hizo notar secamente al señor de Lachesnaye. Si no ha habido telegrama, no pudo decirlo el presidente que había recibido uno. ¿Por qué motivo ha mentido Roubaud?

—Pero—exclamó el señor Denizet apasionándose—pudo muy bien el presidente haber inven-

tado eso del telegrama, para explicar su salida repentina á los Roubaud. Según su propio testimonio, no pensaba marcharse hasta el día siguiente; y como iba en el mismo tren que ellos, necesitaba una razón cualquiera, toda vez que no le pareciese oportuno darles á conocer el verdadero motivo, motivo que, por otra parte, todos desconocemos.... Eso ninguna importancia tiene, á nada conduce.

Hubo un nuevo silencio. Cuando el juez continuó, estaba muy sereno, se mostró lleno de precauciones.

—Ahora, señora, llego á un punto especialmente delicado, y la ruego dispense la naturalidad de mis preguntas. Nadie más que yo respeta la memoria de su hermano.... ¿Corrían ciertas voces, verdad? Decían que tenía algunas queridas.

La señora de Bonnehon había ya recobrado su sonrisa, con su infinita tolerancia.

—¡Oh, querido señor, á su edad!.... Mi hermano quedó viudo joven, y nunca me he creído con derecho á juzgar malo lo que á él le parecía bueno. Ha vivido, pues, á su antojo, sin que yo me haya mezclado lo más mínimo en sus asuntos. Lo que sé es que conservaba su rango, y que siempre fué un hombre de gran distinción.

Berta, rabiosa porque delante de ella se hablara de las queridas de su padre, había bajado la vista, en tanto que su marido, tan molesto como ella, había ido á plantarse delante de la ventana, volviendo la espalda.

—Dispéñeme mi insistencia—dijo el señor Denizet.—¿No ha habido una historia con una doncella muy joven, en su casa de Ud.?

—¡Ah! sí, Luisilla..... Pero, querido señor, si era una viçiosilla que ya á los catorce años tenía relaciones íntimas con un licenciado de presidio. Han querido explotar su muerte contra mi hermano. Es una indignidad, le voy á contar á usted eso.

Hablaba con sinceridad. Por más que supiese á qué atenerse sobre las costumbres del presidente y que no la hubiese sorprendido su muerte trágica, quería defender la alta situación de la familia.

Por otra parte, en esa desgraciada historia de Luisilla, sí creía á su hermano capaz de haber querido abusar de la jovencilla, pero también estaba convencida del vicio precoz de ésta.

—Figúrese Ud. una chicuela, tan pequeña, tan delicada, rubia y rosada como un angelito, muy dulce.... Pues bien, no había cumplido catorce años y ya estaba enredada con una especie de bestia, un cantero llamado Cabuche, quien acababa de cumplir cinco años de presidio por haber matado á un hombre en una taberna. Ese muchacho vivía como un salvaje, en el linde del bosque de Becourt, donde su padre, muerto de sentimiento por lo de su hijo, le había dejado una choza hecha con troncos de árbol y con tierra. Obstinábase en explotar allí un rincón de las canteras ya abandonadas, canteras que, según creo, han suministrado la mayor parte de las piedras con que se edificó Rouen.

Y en el fondo de aquellas cavernas era donde iba la niña á ver á su lobo; y tanto miedo le tenía el país que vivía solo como un sarnoso. A veces les encontraban juntos, en los bosques, cogidos de la mano, ella tan mona, él enorme y bestial. En una palabra, una vida escandalosísima..... Por supuesto, todo esto lo supe más tarde.

Había yo recogido á Luisilla casi por caridad para hacer una buena obra. Su familia, esos Misard, gente pobre, se guardaron muy bien de decirme que habían pegado mucho á la chiquilla, sin poder impedirla que se fuera detrás de su Cabuche, en cuanto quedaba abierta la puerta.... entonces fué cuando sucedió eso. Mi hermano, en Doinville, no tenía criados exclusivamente suyos. Luisilla y otra mujer arreglaban el pabellón aislado en que vivía. Una mañana que se fué allí sola, desapareció. Yo tengo para mí que premeditaba la huída desde hacía tiempo, quizás la esperase su amante y se la llevara..... Pero lo terrible es que cinco días después, corría el ruido de la muerte de Luisilla, con detalles sobre un estupro intentado por mi hermano, en circunstancias tan monstruosas, que la pequeña, enloquecida, se fué á casa de Cabuche, según decían, para morir de una fiebre cerebral.

—¿Qué había de verdad en eso? Tantas versiones han circulado, que no se sabe fijamente. Yo, lo que creo es que Luisilla, á la que, en efecto, mató una calentura de mal género, pues un médico así lo ha dicho, ha sucumbido víctima de alguna imprudencia: noches pasadas al aire

libre; correrías en los pantanos..... Supongo, mi querido señor, que no se imaginará Ud. á mi hermano torturando á esa muchacha. Eso es odioso, imposible.

Durante ese relato, el Sr. Denizet había escuchado atentamente, sin aprobar ni desaprobar. Y la señora de Bonnehon sintió una ligera molestia, al tiempo de acabar; luego exclamó, decidiéndose:

—Claro está que no digo yo que no haya querido mi hermano bromear con ella. Le gustaba la juventud, era muy alegre bajo su apariencia de rigidez. En fin, supongamos que la haya dado un beso.

Al oír esta palabra, los Lachesnaye tuvieron un movimiento de rebelión púdica.

—¡Oh, tía! ¡Oh, tía!

Pero ella se encogió de hombros: ¿por qué mentir á la justicia?

—La besó, quizás le hiciera cosquillas. Eso no es un crimen..... Y lo que me induce á creer eso, es que no fué el cantero quien lo inventó. La mentirosa debe ser Luisilla, la viciosa que abultó las cosas, quizás para quedarse junto á su amante, de tal suerte, que éste, una bestia, como ya dije, ha creído de buena fe que le habían matado á su querida..... Estaba realmente loco de furor; repetía en todas las tabernas que si el presidente caía entre sus manos, le abriría el cuello como á un cerdo.....

Él juez, mudo hasta entonces, la interrumpió vivamente:

—¿Ha dicho eso? ¿Habrán testigos que puedan asegurarlo?

—¡Oh, querido señor, tantos como Ud. quiera!... En fin, un asunto bien triste, hemos tenido muchos disgustos. Afortunadamente, la situación de mi hermano le ponía por encima de toda sospecha.

La señora de Bonnehon acababa de comprender la nueva pista que seguía el Sr. Denizet; aquella la inquietó mucho y prefirió no seguir aquel camino, interrogándole á su vez. El juez se había levantado, dijo que no quería abusar por más tiempo de la dolorosa situación de la familia. Por orden suya, el secretario leyó los interrogatorios antes de que los firmaran los testigos.

Eran de una corrección perfecta, tan limpios de palabras inútiles y comprometedoras, que la señora de Bonnehon, al ir á firmar, echó una mirada de sorpresa agradecida hacia aquel Laurent, pálido, huesudo, á quien ella aún no había mirado.

Después, al acompañarla el juez hasta la puerta, en compañía de su sobrino y de su sobrina, le estrechó ella las manos.

—¿Hasta pronto, eh? Ya sabe Ud. que siempre se le espera en Doinville..... Y gracias; es Ud. uno de mis últimos fieles.

Su sonrisa se había velado de melancolía, mientras su sobrina, fuera ya de la habitación, se despidió con un seco saludo.

Cuando quedó solo, el Sr. Denizet respiró un minuto. Habíase parado, de pie, reflexionando.

A juicio suyo, la claridad se hacía en el asunto; ciertamente hubo violencia por parte del presidente, cuya reputación era conocida. Eso hacía muy delicada la instrucción del proceso, prometíase redoblar la prudencia, hasta que llegaran las indicaciones del ministerio. Pero ya triunfaba. Por fin, tenía cogido al culpable.

Cuando se hubo sentado en su sillón, delante de la mesa escritorio, llamó al ujier.

—Haga Ud. entrar al señor Santiago.

Los Roubaud continuaban esperando sobre el banco del pasillo con sus caras impenetrables, como adormiladas por la espera, agitados á veces por un movimiento nervioso. Y la voz del ujier llamando á Santiago pareció despertarles con un ligero sobresalto. Le siguieron con la vista ensanchada y le vieron desaparecer en el despacho del juez. Después recayeron en su inmovilidad, más pálidos aún, silenciosos.

Todas aquellas idas y venidas, desde hacía tres semanas, causaban á Santiago un malestar lleno de inquietud, como si pudiesen haberle acusado de complicidad. Aquello no tenía razón de ser, pues nada tenía que reprocharse, ni siquiera de haberse callado; y sin embargo, no entraba en el gabinete del juez sino con el temblor nervioso del culpable que teme ver su crimen descubierto; y se defendía contra las preguntas, se vigilaba, por medio á hablar demasiado. También él habría podido matar; ¿acaso no se leía en sus ojos? Nada le molestaba tanto

como esas citaciones ante el juez; sentía como una especie de ira, deseando, decía, que no le atormentasen, con esas historias que no le importaban.

Pero aquel día el señor Denizet sólo insistió sobre las señas del asesino. Como Santiago era el único testigo que había visto al asesino, sólo él podía suministrar datos precisos. Pero no salía de su primera declaración; repetía que la escena del crimen había sido para él una visión de apenas un segundo, una imagen tan rápida que ni forma tenía en su recuerdo. Todo se reducía á un hombre degollando á otro, y nada más. Durante media hora el juez, con lenta obstinación, le hostigó, le hizo la misma pregunta de todas las maneras posibles: ¿era alto, era bajo? ¿tenía barba, tenía cabello largo ó corto? ¿qué traje llevaba? ¿á qué clase parecía pertenecer? Y Santiago, indeciso, turbado, sólo daba contestaciones vagas.

—En una palabra —preguntó bruscamente el Sr. Denizet, mirándole fijamente, ¿si se lo enseñasen á Ud., le reconocería?

Tuvo un ligero movimiento de párpados, invadido por una angustia bajo aquella mirada que registraba su cráneo. Su conciencia se interrogó en voz alta:

—Reconocerle..... sí..... quizás.

Pero ya su extremo temor á una complicidad inconsciente le hacía volver á su sistema evasivo.

—Sin embargo, no, creo que no; no me atre-

vería nunca á afirmar. ¡Figúrese Ud.! ¡una velocidad de ochenta kilómetros por hora!

Descorazonado iba el juez á mandarle pasar al cuarto vecino para conservarle á su disposición, cuando de repente hizo un gesto.

—Quédese aquí, siéntese.

Y llamando de nuevo al ujier:

—Introduzca Ud.—dijo—al señor Roubaud y á su esposa.

Desde el umbral de la puerta, al ver á Santiago, sus ojos se anublaron llenos de vacilación é inquietud. ¿Había hablado? ¿le conservaban allí para algún careo con ellos? Toda su confianza desaparecía al verle, y las primeras preguntas las contestaron con voz velada. Pero el juez sólo volvía á las andadas.

Repitieron las mismas frases, casi idénticas, mientras les escuchaba, con la cabeza baja, sin siquiera mirarles.

Luego, de repente, se volvió hacia Scverina.

—Señora, Ud. dijo al comisario de vigilancia, cuyo informe tengo aquí delante, que vió usted subir un hombre al cupé, en Rouen, al echar á andar el tren.

Quedó pasmada. ¿Por qué recordaba eso? ¿era un lazo? ¿iba acaso, confrontando sus declaraciones, á hacer que se desmintiera ella misma? Así es, que con una ojeada consultó á su marido, quien intervino prudentemente.

—No creo, señor mío, que mi mujer se haya mostrado tan afirmativa.

—Usted dispense..... Al emitir Ud. la posibili-

dad del hecho, la señora dijo: «Eso es lo que ha sucedido.....» Pues bien, señora, deseo saber si tenía Ud. motivos especiales para hablar así.

Severina acabó de turbarse, convencida de que si no andaba lista, iba el juez, de contestación en contestación, á obligarla á que confesara la verdad. Sin embargo, no le era posible permanecer callada.

—¡Oh! no señor, ningún motivo..... Sin duda dije eso como una simple suposición, porque, en efecto, es difícil explicar las cosas de otra manera.

—¿De modo, pues, que no ha visto Ud. al hombre, no puede Ud. decirnos nada acerca de él?

—¡No, no señor, nada!

El señor Denizet pareció abandonar ese punto de la instrucción.

Pero en seguida volvió á él con Roubaud.

—¿Y Ud. cómo puede ser que no haya visto al hombre, si en efecto subió? pues resulta de su misma declaración que aún estaba usted hablando con la víctima cuando silbaron para la salida.....

Aquella insistencia acabó por aterrorizar al subjefo de estación, en medio de la ansiedad en que estaba por saber qué partido tomaría, si dejar la invención del hombre ú obstinarse en ella. Si lograba tener pruebas contra él, la hipótesis del asesino desconocido no era sostenible y hasta podía agravar su situación. Esperaba á que lograrse darse bien cuenta; contestó con explicaciones confusas, dando un gran rodeo.

—Es muy de sentir—repuso el señor Denizet—que sus recuerdos de Ud. sean tan poco precisos, pues me ayudaría Ud. á poner término á las sospechas que han recaído sobre varias personas.

Parecióle esto tan directo á Roubaud que sintió una irresistible necesidad de declarar su inocencia. Se vió descubierto y en el acto tomó una decisión.

—¡Es este tal caso de conciencia! Titubea uno, y de sobra comprenderá Ud. que es muy natural el recelo en tal situación. Suponga usted que le he dicho que creo, sí, haber visto al hombre.....

El juez tuvo un gesto de triunfo, creyendo deber aquel principio de franqueza á su habilidad. Decía él saber por experiencia el extraño recelo que algunos testigos sienten al tener que confesar lo que saben; y esos testigos, preciábase él de ayudarles á dar luz á pesar de ellos.

—Hable Ud., hombre, hable Ud.....¿Cómo era? ¿bajo, alto, de su estatura de Ud., próximamente?

—¡Oh! no, no; mucho más alto..... Por lo menos así me lo figuro, pues no es sino una simple figuración, un individuo al que casi estoy seguro de haber rozado, mientras corría para volver á mi vagón.

—Un momento—dijo el señor Denizet.—Y volviéndose hacia Santiago, le preguntó:

—¿El hombre que Ud. entrevió, con la navaja en la mano, era más alto que el señor Roubaud?

El maquinista, que ya se impacientaba, pues principiaba á temer no poder tomar el tren de las

cinco, levantó los ojos y examinó á Roubaud; y parecíale no haberle mirado nunca, extrañábase al verle bajo, fuerte, con un perfil singular, visto en algún sitio, quizás soñado.

—No—murmuró—no era más alto, casi de la misma estatura.

Pero el subjefe de estación protestaba vivamente.

—¡Oh! mucho más alto, me llevaba por lo menos toda la cabeza.

Santiago permanecía con los ojos anchamente abiertos sobre él; y bajo aquella mirada, en donde leía una sorpresa creciente, se agitaba, como para destruir su propio parecido, en tanto que su mujer seguía helada, el sordo trabajo de memoria que se leía en la cara del joven.

Bien claramente se veía que á Santiago le habían extrañado desde el primer momento ciertas analogías entre Roubaud y el asesino; después había tenido la certidumbre brusca de que Roubaud era el asesino, según el ruido que corría; y ahora parecía del todo entregado á la emoción de ese descubrimiento, con la cara extrañada, sin que fuese posible saber lo que iba á hacer, sin que él mismo lo supiese. Si hablaba, el matrimonio estaba perdido. Los ojos de Roubaud habían encontrado los suyos, ambos se miraban hasta el alma. Hubo un silencio.

—¿De manera que no están ustedes de acuerdo?—repuso el señor Denizet.—Si Ud. lo vió más bajo, es, sin duda, que había doblado el cuerpo en la lucha con su víctima.

También él miraba á los dos hombres. No había pensado en utilizar así aquel careo; pero por instinto de oficio sintió, en aquel minuto, que la verdad pasaba por el aire que allí se respiraba. Hasta sufrió algún fracaso su confianza en la pista de Cabuche. ¿Acaso tuviesen razón los Lachesnaye? ¿Acaso los culpables, contra toda apariencia, fuesen ese buen empleado y su joven mujer tan dulce?

—¿Tenía él toda su barba como Ud.?—preguntó á Roubaud.

Este último tuvo fuerza suficiente para contestar sin que su voz temblara:

—Toda la barba, ¡no, no! no llevaba barba creó.

Santiago comprendió que iban á hacerle la misma pregunta. ¿Qué iba á decir? Pues él habría jurado que el hombre tenía barba cerrada. En suma, aquella gente no les interesaba; ¿por qué no decir la verdad? Pero al apartar la vista del marido, encontró la mirada de la mujer y leyó en aquella mirada una súplica tan ardiente, una entrega tan completa de su persona, que quedó trastornado. Su antiguo temblor nervioso se apoderaba de nuevo de él. ¿Acaso la amaba? ¿Era acaso aquella á quien podría amar con sincero amor, sin que experimentase el monstruoso deseo de destrucción? Y en aquel momento, por un singular contraste de su trastorno, parecióle que su memoria se oscurecía, ya no veía al asesino en Roubaud. La visión se borraba, una duda surgía en él, hasta el punto de que

se habría mortalmente arrepentido al afirmar.

El señor Denizet hacía la pregunta:

—¿Tenía el hombre barba cerrada como el señor Roubaud?

Y contestó sinceramente:

—Señor mío, en conciencia nada puedo asegurar. Repito una vez más que aquello fué demasiado rápido. No sé nada, no quiero afirmar nada.

Pero el juez se obstinó, pues quería saber á qué atenerse sobre la sospecha contra el sujeto. Molestó á éste, molestó al maquinista, llegó á obtener del primero señas completas del asesino, alto, fuerte, sin barba, de blusa, todo lo contrario de él, mientras que sólo conseguía arrancar del segundo monosílabos evasivos, que daban fuerza á las afirmaciones del otro. Y el juez volvía á su convicción primitiva: seguía la buena pista, el retrato que el testigo hacía del asesino era tan exacto, que cada nuevo rasgo fortalecía su certidumbre. Aquel matrimonio injustamente sospechado, era el que por su declaración haría caer la cabeza del culpable.

—Entren Uds. ahí—dijo á los Roubaud y á Santiago, indicándoles el cuarto vecino, después que hubieron firmado su interrogatorio. Esperen hasta que yo les llame.

Luego dió orden de que trajesen al preso; y tan contento estaba, que llevó su buen humor hasta decirle á su secretario:

—Laurent, le tenemos cogido. Habíase abierto la puerta y entraron dos gendarmes, empu-

jando á un muchachote de unos veinticinco á treinta años. Fuéronse los gendarmes, despedidos por un gesto del juez, y Cabuche quedó solo en medio del despacho, extrañado, con el rudo espanto de un animal perseguido. Era un mocetón, de cuello potente, puños enormes, rubio, muy blanco de piel, barba escasa, apenas un bozo dorado y sedoso. Su cara maciza y su frente baja indicaban la violencia del ser limitado, entregado por completo á la sensación inmediata; pero había como una necesidad de sumisión tierna, en su ancha boca y en su nariz cuadrada de perro de raza. Sorprendido brutalmente en el fondo de su covacha, al amanecer, arrancado de su bosque, exasperado por acusaciones que no comprendía, tenía ya, con su espanto y su blusa rota, la traza sospechosa del acusado, esa traza de bandido cazurro que la cárcel da al hombre más honrado. Acercábase la noche, el cuarto estaba obscuro y se hundía él en la sombra, á tiempo que el ujier trajo una gran lámpara, cuya viva claridad le alumbró la cara. Entonces, descubierto, permaneció inmóvil.

Inmediatamente el señor Denizet había fijado sobre él sus gruesos ojos claros con párpados pesados. Y no hablaba, era el encuentro mudo, el primer ensayo de su poder, antes de la guerra de salvaje, guerra de astucias, de lazos, de torturas morales. Aquel hombre era el culpable, todo era lícito contra él, sólo le quedaba el derecho de confesar su crimen.

El interrogatorio principió muy lento.